

Confesiones de un sacerdote indígena

Mis 47 años de vida pueden ser considerados como un compendio de todo lo que el V Centenario representa para los indios: un proceso de muerte y de recuperación de la propia identidad.

Para mí, el proceso de muerte comenzó con la entrada en el seminario. Fui obligado a abandonar todo aquello que constituía mi ser indio y a negar las tradiciones de mis padres. La institución en la que había entrado me decía que cuanto antes lograrse parecer un "blanco", tanto más pronto llegaría a la meta. Este era -y sigue siendo- el criterio fundamental para hacer de un indio un sacerdote. Lo mismo es válido para muchos afroamericanos que entran en el seminario.

Fueron muchas las insatisfacciones que sentí. Había dejado una comunidad indígena, guiada por claros valores -tales como la solidaridad, la comunión, atención al otro, relación estrecha con la naturaleza, importancia del trabajo- y fui a parar en una institución que hacía la vida fácil, burguesa, basada sobre el individualismo, que me desarraigaba de mi familia de origen.

Me ofrecían valores que yo jamás consideraría tales, pero que debía aceptar porque formaban parte de su cultura. El resultado fue una trágica ruptura en mi interior. La sensación de desequilibrio que experimenté es indescriptible.

A hacer las cosas más difíciles contribuían los juicios y prejuicios de aquellos que todavía miran al indio como a una persona anómala: se dudaba de mi capacidad de observar el celibato o de una real capacidad de distinguir el bien del mal.

Sufrí, en definitiva, el tipo de desequilibrio que afecta a todo indio, incluso si lo niega. Pero llega un momento en que no es posible seguir mintiéndose a sí mismo, especialmente cuando la vida te mete en situaciones en las que te ves obligado a quitarle la máscara. Entonces, si tienes valor, debes emprender el camino de regreso. Eso es lo que he debido hacer yo, cuando, ordenado sacerdote, fui enviado a mi pueblo. Estábamos en mundo diferentes, hablábamos lenguajes que no nos permitían comunicarnos. No lograba ser auténticamente Kuna y, al mismo tiempo, sacerdote católico. Esto me hacía mal a mí y a mi pueblo.

Para superar esta terrible crisis interior, debí experimentar un segundo proceso de muerte, más largo y difícil que el primero. Un proceso gradual que todavía continúa, en la medida en que busco -con toda honestidad- entrar en contacto con aquellos que conocen en profundidad la cultura de mi pueblo.

Poco a poco, estoy recuperando lo que había perdido. Hoy, creo que me encuentro en este proceso de "reencuentro" conmigo mismo, con mi identidad.

Mientras pido a Dios que me ayude a pasar a través de esta "segunda muerte", oro para que la Iglesia y, sobre todo, los indios mismos comprendan que la primera muerte -aquella que obliga al a negarse a sí mismo- es absurda y debe evitarse.

Los indios esperan una Buena Noticia que produzca vida, no desintegración.

Más que interesarme en el tema del V Centenario, estoy curioso por saber cómo va a ser celebrado. Espero que se tenga la valentía de adoptar líneas objetivas y no triunfalistas. De lo contrario, los indios no estarán dispuestos a dar su contribución.

Se hará una revisión de la historia de estos 500 años. Se dice que es un deber hacerlo para reconocer el bien que se ha hecho, el progreso alcanzado, el atraso y las idolatrías destruidas... Este tipo de historia ha encontrado

incluso sus expertos. Pero son todos no-kunas, no indios. Pretenden decirnos a nosotros -los "vencidos"- que, después de todo, no nos ha ido mal. Que las cosas cambiaron para bien.

Los ancianos de mi pueblo, sin embargo, tienen otra historia que contar.

Una historia que usa los tiempos en presente. Porque no hay necesidad de contar las masacres, las muertes, las fugas, las injusticias de ayer. Basta con contar lo que sucede hoy: es la misma cosa. Los indios siguen siendo asesinados, oprimidos, robados, vilipendiados y privados de su identidad cultural.

No estamos dispuestos a celebrar esto. Si acaso, podremos celebrar nuestra larga historia de resistencia. Por cinco siglos, nos hemos opuesto a los proyectos de muerte de los blancos. Y estamos todavía vivos. Siguen vivas nuestras tradiciones, nuestras religiones, nuestros usos y costumbres, nuestros valores...

Han hecho falta cinco siglos para que la Iglesia se diese cuenta que su intento de "implantarse" entre los pueblos indios ha significado siempre extensión de sí misma y negación del mundo indígena, definido peyorativamente como animista, supersticioso, demoníaco. Para muchos evangelizadores, hemos sido siempre salvajes embrutecidos que tenían que ser civilizados y salvados. El plan, sin embargo, no ha tenido éxito.

Nuestra religión ha resistido. Hemos acogido algunos elementos de cristianismo, pero siempre a la manera kuna, esto es, adaptándolos a los tradicionales. Ha permanecido, por ejemplo, la idea de un Dios "desposado"; han permanecido los sacerdotes con su función civil y religiosa; han quedado los encuentros cotidianos de oración, en los cuales contamos nuestras historias, mitos y leyendas.

No ha habido ningún proceso verdadero de evangelización de los indios. El cristianismo ha sido siempre para nosotros una religión extranjera, agresiva y prepotente. No la hemos visto nunca preocupada de lo que éramos, de nuestros valores, de nuestra visión del mundo. Como máximo éramos pobres, marginados, a los que había que ayudar.

Cinco siglos de negación de nuestra identidad como "otros", nos han vuelto sospechosos incluso de aquellos que hoy hablan de "inculturación", de encarnación del cristianismo en nuestras culturas. ¿No será también este

un nuevo proyecto más refinado para asimilarlos y dominarnos?. Antes de recibir asistencia y de ser amados como pobres, queremos ser reconocidos y aceptados como "otros", como diferentes. Hasta que la Iglesia no esté dispuesta a dialogar con nosotros -tal como somos- y con nuestro mundo -tal como es-, haciendo la opción por el otro, no logrará jamás pertenecernos. Luchará por nosotros con mayor fuerza. Habrá misioneros que mueren por defendernos. Pero nosotros seguiremos siendo considerados como gente atrasada, que ha quedado fuera de la marcha -única y uniforme- de la humanidad.

Aiban Wagua, sacerdote Kuna (Panamá)

(De la revista CRIE, -Centro Regional de Información Ecuménica- Yosemite, N° 45, Col. Nápoles, 03810 México, D.F.- N° 291, junio 1992, pp.5-6)